

LA LUZ DE LAS TRINCHERAS

Alicia Choin Malagón

**LA LUZ DE LAS
TRINCHERAS**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, septiembre 2022

© Alicia Choin Malagón, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores, 4 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Kornelija Meškytė

Maquetación: Carmen Álvarez

Fotografía de solapa: Belén Ferreira García

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1337-2022

ISBN:978-84-125542-6-7

Impreso en España · Printed in Spain

La esperanza contenida en la luz de las palabras

Prólogo por Marina Tapia

Escribir un libro de poesía teniendo como tema central la guerra, es todo un riesgo. Tratar de esclarecer lo que esta palabra significa dentro de nuestra sociedad de privilegios, es un ejercicio admirable y necesario. Ponerse en el lugar de los golpeados por los desastres de nuestra historia, exponer la indolencia y la desmemoria que suele acompañar a los seres humanos, mostrar diversas caras de la violencia, son algunos de los asuntos desarrollados en «La luz de las trincheras» por la escritora Alicia Choin. Creo que la poesía que glosa abiertamente lo social resulta difícil de plantear; por eso, una aventura como ésta, tan única e imprescindible, exige una lectura detenida y atenta que nos lleve a la reflexión. Los versos de la poeta merecen toda nuestra gratitud porque nos agrupan como especie, a tenor de las palabras de Anna Ajmátova: «no sólo por mí elevo esta plegaria», «soy vuestra voz».

De alguna manera, este poemario entronca con un enfoque postmoderno al cuestionarse los paradigmas de la humanidad y al tener una visión crítica. Alicia se sirve de diversos elementos presentes en la cultura y contracultura del siglo XX y XXI

(del mundo del cine, de la música pop, de los periódicos, de los anuncios televisivos o de marcas famosas del mercado) para cuestionar la realidad en la que vivimos. Y además utiliza un lenguaje con giros coloquiales y cercanos a la mayoría de los lectores, logrando así que nos sintamos reflejados e inmersos en el ambiente de estos tiempos, desplegando ante nosotros —con *alta resolución* y *Sensurround*— el telón de fondo de nuestra época.

El volumen se compone de cuatro partes: «El egoísmo del paraíso acotado», «La guerra se repite por los siglos de los siglos amén», «Otros frentes abiertos» y «Plegaria». En cada bloque se desarrolla un matiz de la idea central del libro: la guerra y la implicación en ella de toda la humanidad, bien como protagonistas o como observadores y cómplices. La narración poética no comienza en medio de una batalla, sino que la escritora se vale de la ironía y del contraste, y declara (en el primer texto titulado «Poeta hipócrita») que «es muy fácil escribir desde la paz/ del jardín mientras la tinta del dolor/ y de la sangre se filtra silenciosa/ bajo la tierra».

En este poemario de Alicia Choin su voz y su pensamiento están más presentes que nunca. La autora se manifiesta con libertad, no se oculta bajo metáforas o símbolos, organiza un conjunto de declaraciones, postulados y preguntas en torno a esta problemática que tanto le preocupa y a la que, sin autocensura, logra enfrentarse. Me parece un poemario sincero en el que la voz poética dialoga a veces con un lector imaginario, otras consigo misma, con sus hijos, incluso con ciudades, y también con personajes vinculados a diversos episodios bélicos.

Un sinfín de interlocutores recitan el debate interno de Alicia, abrazan la paz, o asumen la inevitabilidad de los conflictos armados.

Imágenes de gran fuerza y dureza golpean al lector: «El incensario de misiles/ esparce la ceniza de un amasijo/ de feligreses muertos»; «Rezamos al mismo Dios./ La buena nueva es que ha nacido/ el Mesías que no nos podrá salvar./ Ten mucha suerte y huye de mí»; «El telediario nos ha puesto dos muertos/ en uno de los platillos de la balanza./ Estamos todos llorando. Dos europeos/ muertos. ¿Cómo se ha colado una bomba/ en el paraíso?»; por citar algunos. Nos impactarán poemas como «Marcha de la muerte de Brünn», «*Deus meus, quare me dereliquisti*», «Cielo abrasador» o «Los zapatos del Danubio». Pero también hallaremos un nutrido número de piezas donde reina la ironía, el sarcasmo y la denuncia. Nos sacudirán versos como «[...] la cobardía de los poetas/ que se creen valientes e importantes/ porque hablan sobre la paz en el mundo/ como hacen las misses cuando ganan/ un concurso de belleza»; «porque los que pierden/ son siempre los mismos: un semillero/ de huesos bajo la alfombra del mar»; o «con tanta pandemia/ y conflictos internacionales, no quedan papeles/ para el dulce protagonismo del amor no correspondido».

Existe en todo el conjunto un deseo de interrogarnos, de hacernos cómplices del proceso que experimenta la autora: «He venido a este poema para huir de la guerra./ ¿Y tú? ¿A qué has venido?». Comprobamos su rotunda negativa a cerrar los ojos ante las dificultades y los horrores del pasado y del presente. Es patente su anhelo de sembrar en nosotros esas

palabras que nos lleven hacia la reconciliación y el amor, tal como lo declara en el poema que da título al libro.

Me imagino a Alicia Choin —no contenta con la lectura que hacen del mundo los medios informativos— subrayando con decisión en el periódico las frases que no se deben olvidar, tachando con negro datos manipulados, tomando apuntes en la primera plana, recortando los párrafos con los que sí quiere quedarse, haciendo su propio *collage* selectivo de la realidad. Y la contemplo realizando todo esto desde un campo tan difícil como la poesía, desde ese lenguaje tan sutil y complejo y, a la vez, tan directo y lacerante sobre nuestras emociones y sentidos. La intuyo inmersa en esa música de la lírica, puliendo versos que embistan nuestro interior, que despierten nuestra conciencia.

La luz de las trincheras

EL EGOÍSMO DEL PARAÍSO
ACOTADO

Poeta hipócrita

Estoy en el jardín, un muro de cipreses me separa del cementerio del mundo. Miro los peces de la fuente que me dan paz porque no se acuerdan de mis pecados. Cheeky, mi perro, me sonrío siempre con su cola, aunque hoy no lo haya sacado a pasear. El canto de los pájaros me protege del ruido interior. Leo entre los setos la vida de Ángel Ganivet, quizás para alejarme de este siglo. Es el día de la madre, venís y me besáis y me decís que me queréis. Debe ser el refugio perfecto. Podría quedarme así, quieta, disfrutando de este momento en que os miro y pienso que sois mi más bella poesía. Pero me llama la cobardía de los poetas que se creen valientes e importantes porque hablan sobre la paz en el mundo como hacen las misses cuando ganan un concurso de belleza. Y pienso que es muy fácil escribir desde la paz del jardín mientras la tinta del dolor y de la sangre se filtra silenciosa bajo la tierra.

Paraíso acotado

Querías pasar la tarde conmigo.

Nunca te dedico tiempo.

Será porque no he vivido una guerra.

Te he comprado mucha ropa de hombre.

15 años tiene mi amor.

Esta noche saldrás con tus amigos

y yo me quedaré en casa con mis

pensamientos, confusa y preocupada

por las esquinas de la mesa, como si

todavía jugásemos a que soy un ogro

y os persigo por el salón.

Te has pedido dos batidos con nata.

Huele a producto de limpieza VIP

para los clientes, cuya batalla es tan

solo con ellos mismos. ¡Qué a gusto

estoy aquí! Y pienso que el paraíso

está siempre acotado.

Es primavera en el Corte Inglés.

Resultados electorales

Aquella noche fue el fin del mundo
y la alegría de la lotería.

Qué va a ser de nosotros,
dicen los vencidos
mientras compran en Zara,
salen de cervezas con los amigos
y pagan, como pueden, sus facturas.

Por fin todo irá mejor,
dicen los ganadores
mientras compran en Zara,
salen de cervezas con los amigos
y pagan, como pueden, sus facturas.

Todo sigue igual,
dicen los auténticos
perdedores. Porque los que pierden
son siempre los mismos: un semillero
de huesos bajo la alfombra del mar
o la mujer asesinada cuya muerte
valdrá un par de telediarios
y un minuto de silencio.